

## OBITUARIO

### SAMUEL

*Imágenes.* De las decenas de imágenes de Samuel del Villar que tengo en la memoria, elijo dos separadas por casi tres decenios, que es casi el tiempo que lo traté como colega. La primera corresponde al momento en que acababa de morir Daniel Cosío Villegas, personaje al que Samuel y yo teníamos en alta estima. Vuelvo hoy a ver a Del Villar una noche de marzo de 1976 en la redacción de *Excelsior*—el de Julio Scherer—, fumando, frente a la máquina de escribir y algo desbordado por la emoción—situación frecuente en él—, mientras daba forma a un artículo en que sintetizaba lo que ambos considerábamos el gran legado de Cosío: su inteligencia y conocimiento, tanto del pasado como del presente, su determinación de contribuir a modificar una realidad inaceptable, todo esto combinado con un claro sentido de la ética—del deber ser— y con la pasión y angustia por el destino de México. A 29 años de distancia, un juicio sobre Samuel Ignacio del Villar Kretchmar no puede ser muy diferente de aquel que ambos habíamos hecho sobre Cosío Villegas.

La otra imagen es muy reciente: Samuel, poco antes de cumplir 60 años, en una esquina de su pequeño cubículo de El Colegio de México, acompañado del escolta al que tenía derecho como ex procurador de la ciudad de México (y al que había transformado en su diligente ayudante de investigación), sentado horas y horas frente a su computadora, con la determinación de ganarle tiempo al tiempo o, más exactamente, de ganarle a la muerte que él sabía—y que intuíamos los que convivíamos con él— que ya estaba ahí, para poder concluir un libro donde, entre otras cosas, describía, analizaba y denunciaba ese gran crimen que la corrupción sin medida de la clase política del régimen anterior—con la complicidad de la actual— había perpetrado contra el interés nacional mexicano a través del Fobaproa y el IPAB, con un costo de 1.3 billones de pesos. Ya internado en el hospital y muy débil, siguió con el trabajo. Y sólo cuando puso punto final al manuscrito, le permitió a la muerte que procediera a cerrar el círculo de su vida.

—con conocimientos de economía, política e historia— con una convicción profunda de que la tarea del ser humano es el servicio a los demás, en particular a los que menos se pueden defender, y que el compromiso con preceptos tales como el de “amarás a tu prójimo como a ti mismo”, “no matarás” o el de “no mentirás”, debe ser, sin reservas, intransigente.

*La preparación.* Samuel recibió y aprovechó muy bien una educación de élite. De escuelas privadas pasó a la Facultad de Derecho en la UNAM, para después solicitar admisión en lo que hoy es la universidad de mayor prestigio en Estados Unidos y, probablemente, en el mundo: Harvard. No fue poca cosa lograr el ingreso y menos obtener el doctorado en la Harvard Law School. Pero al lado del derecho —se preparó tanto en el tipo de derecho que domina en México como en el del mundo anglosajón, lo que le permitió un rico enfoque comparativo— también le interesó la economía, al punto que pudo dar cursos sobre el tema a estudiantes de licenciatura en ciencias sociales. Su tesis de doctorado —que nunca encontró el tiempo para traducir y publicar en la coyuntura adecuada, es decir, la de fines de los setenta— era una combinación de derecho y economía aplicada de manera crítica a casos concretos de la realidad mexicana contemporánea.

Del Villar ingresó al Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México en 1973 —sus cursos fueron lo mismo de derecho constitucional que de análisis económico y comercio internacional—, pero también fue profesor de economía política en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Su energía la encauzó entonces menos por la investigación y más por los artículos académicos en revistas como *Foro Internacional*, los ensayos cortos y combativos propios de las secciones editoriales de los periódicos —*Excelsior* o *La Jornada*— o los artículos de las revistas políticas, como *Razones* o *Proceso*.

La carrera política de Del Villar se inició, como la de muchos otros de su misma condición y clase, dentro del PRI y de la administración pública. Sin embargo, ello no le impidió ser parte del periódico *Excelsior* encabezado por Julio Scherer, que se enfrentó al presidente Luis Echeverría y que, por ello, sufrió en carne propia la expulsión y el escarnio.

El fin del sexenio de Echeverría le hizo concebir esperanzas, por lo que aceptó ser consultor de la presidencia durante el gobierno de José López Portillo, experiencia que concluyó con una segunda desilusión. Bajo Miguel de la Madrid, Samuel asumió, ni más ni menos, que la enorme empresa que significaba llevar a la realidad la promesa presidencial de renovar moralmente la vida pública mexicana. Tomó tan en serio el mandato y su papel de descubrir y atacar desde dentro la corrupción pública, que pronto se convirtió en un problema político para el presidente y para algunos de los que hasta entonces habían sido sus compañeros de viaje. Su idea era que la “renova-

do, para impedir la autenticidad del sufragio, los habían reproducido los bandos en pugna dentro del PRD. Si no se declaraba la nulidad de las elecciones y se reponía el proceso, y si no se modificaban los ordenamientos legales del partido para impedir tales fraudes, en las siguientes elecciones el fenómeno se repetiría y el PRD no estaría en posibilidad de ofrecer a México la alternativa política y ética que se suponía era su razón de ser. Obviamente a Del Villar no le hubiera alegrado ser considerado profeta, pues lo que él preveía ocurrió puntualmente en 2005.

Con el libro que está por editarse –más un par de capítulos en otros, también por venir– Samuel del Villar seguirá librando su lucha, una lucha que siempre dio muy en solitario, y sin muchas posibilidades de triunfo, pero que él vivió con intensidad y como la única forma digna de pasar por esta tierra. Algunos lo vamos a extrañar... y a necesitar.

LORENZO MEYER